

PORFIRIO

Yo, nada puedo hacer...

O'HORÁN

(Desesperado, después de recapacitar un rato.)

Bien; pero dígame por su vida, ¿qué empeño tiene usted en fusilarme?

PORFIRIO

Empeño, no tengo ninguno; pero como sé bien que cuanto usted me ofrece y me ofrezca, no tiene fundamento ninguno, porque no puede cumplirlo, me abstengo de tratar.

O'HORÁN

Nada de eso; usted debe tener la consigna de fusilarme...

PORFIRIO

Tan no tengo empeño en fusilar á usted, que si usted consigue evadirse, y no hay quién me delate el lugar en que está oculto, yo no haré investigaciones para aprehenderle.

O'HORÁN

Eso no me basta; Juárez...

PORFIRIO

(Poniéndose en pie y dando por concluída la entrevista.)

Nada más puedo hacer.

O'HORÁN

Adiós, Porfirio.

ESCENA QUINTA

Ocorre esta escena en la sacristía y dependencias de la iglesia de los Angeles, especialmente destinada á salón de Consejos de guerra de la plaza sitiada. Poco á poco van entrando, reconciliados ya, los ministros y generales que vimos figurar en la tremenda escena de las recriminaciones y de las injurias, exceptuando el general Portilla, más pundonoroso, ó más aborrecido de Márquez que los otros personajes. Llega después el general RAMÍREZ DE ARELLANO, en compañía del Lugarteniente del imperio.

MÁRQUEZ

Les presento á ustedes, señores y compañeros míos, á una persona de cuya seriedad é inteligencia no pueden dudar, y cuyas fuentes de información no pueden rechazarse como falibles, pues viene ahora del punto mismo de los acontecimientos que va á relatarles. El señor general Ramírez de Arellano fué el jefe de la artillería imperial durante el sitio de Querétaro, y su comportamiento llegó

á ser tan brillante en la serie de jornadas que nuestro valiente y sufrido ejército tuvo que soportar, que el soberano le agració con el nombramiento de general de brigada, que lleva con más honra que el suyo otros generales de división que yo me sé... El señor general Ramírez de Arellano me ha relatado por menudo la maravillosa defensa que han sostenido el Emperador y sus valientes tropas. Cercados por numerosas hordas liberales sin pan, sin tasajo, sin mantenimientos de ninguna clase, los imperialistas han sabido resistir sin sentirse acobardados un punto. El día que los valentísimos generales Méndez y Miramón creyeron que debía romperse el sitio, lo hicieron sin dificultad ninguna, pues ante el empuje de los nuestros se desbandaban los contingentes liberales llenos de susto, resueltos á perder la vida más bien que á medirse con nuestras potentísimas tropas de infantería, y á exponerse á los filosos sables de nuestras caballerías. El señor general Arellano elogia particularmente el éxito de la jornada del quince de Mayo, en que el valiente coronel López, jefe del regimiento de la Emperatriz, destrozó á las chusmas que mandaba el tráfuga Vélez. Parece que este desertor de la buena causa trató de sorprender el punto de la Cruz, en que se hallaba el cuartel imperial, y que, sentido oportunamente por la reserva, su tropa fué materialmente hecha pedazos, pagando el traidor con la vida su atrevimiento y su apostasía de los buenos princi-

pios... Desde esa jornada los mantenimientos abundaron en Querétaro y puede decirse que el sitio quedó levantado de hecho, por más que para paliar su derrota, Escobedo tuviera destacadas algunas fuerzas de merodeadores que causan la inseguridad de los caminos y el disgusto de la gente honrada... Se imponía una salida para quitar aunque fuera ese fantasma de sitio, y al fin se ejecutó no sin que padecieran un poco nuestros cuerpos ligeros, que tuvieron que sostener el último y desesperado choque de Escobedo, que perdió en ese encuentro las últimas fuerzas con que contaba, sus famosos Cazadores de Galeana y sus Guardias de Supremos Poderes... Parece que murió en esta última batalla, el famoso forajido Corona, terror de los pueblos de Occidente y á quien ha infligido tan cruentas y terribles lecciones el invicto general Lozada, nuestro amigo... Describe el señor general Arellano, con su verba habitual, el goce de la ciudad de Querétaro, las baladronadas de nuestros soldados luego que se vieron libres del azote del hambre y multitud de sucesos graves unos, tristes otros, alegres muchos y heroicos los más; no los relato yo al Consejo porque sería perder tiempo que debemos dedicar á tareas más importantes, como son preparar los hospitales y medicamentos que necesitan los numerosos heridos que trae la columna que acompaña al soberano, alistar los cuarteles y alojamientos que necesitan las tropas que van á llegar y conseguir el dinero que

sirva para prest, vestuario y ranchos... ¿Qué día, señor general, dejó usted á Su Majestad?

ARELLANO

Lo dejé el día nueve en Maravatío...

MÁRQUEZ

De un instante á otro van, pues, á verse juntos los leales, decididos y valientes defensores de México, con aquel ejército sobre toda ponderación recomendable, y nuestro heroico soberano, á la cabeza de sus leales tropas, sabrá escarmentar á los que tantos males están causando y que tantos otros mayores preparan á la nación. ¡Sea mil veces enhorabuena!

(Todos aplauden y fingen alegrarse de las extraordinarias noticias que les comunican; y si bien hay algunos que parecen creer á pies juntillas cuanto Márquez ha dicho, Lares, Lacunza y Vidaurri se sonríen entre sí y se hacen señas ocultamente.)

Señores, ¡que viva el Emperador!

TODOS

¡Que viva, que viva Su Majestad el Emperador!

MÁRQUEZ

Aprovecho la oportunidad de estar reunidos los seño-

res ministros para entregarles en propia mano algunos pliegos que se hallaban rezagados en la Administración de correos...

(Va entregando sobres cerrados á varios de los presentes y toma, abre y lee para sí algunos que á cuenta le pertenecen.)

Vaya, vaya, señores, que es cosa curiosa y que no deja de maravillarme; viene aquí una libranza de ciento cincuenta mil pesos que se había mandado á Su Majestad. Es el triplicado y seguramente que no llegó á hacerse efectiva, pues la casa de Barrón y Forbes no ha recibido aviso del pago...

(Todos los circunstantes se despiden y cuando tratan de salir Vidaurri y Lacunza, el Lugarteniente les hace señas para que se detengan; luego que la gente se ha retirado, Márquez dice á los dos conmitones:)

Para nosotros,

(Mostrándoles la libranza)

para nuestras personas, que nos vamos á ver en más de un trance apretado, y este unguento sirve para soldar todas las roturas, aliviar todas las dolencias...

LACUNZA

(Pedante.)

Es la hierba betónica, que cura todas las enfermedades de cuerpo y alma.

VIDAURRI

¿Y cuándo podremos hacer efectivo ese... piquillo?

MÁRQUEZ

(Con buena sombra, aunque no se sabe si quiere emplear un proverbio usual ó referirse á Maximiliano, que considera ya ajusticiado.)

En seguida, en seguida, ya lo sabe usted, el llanto sobre el difunto.

ESCENA SEXTA

JOSEFINA, EUGENIA

JOSEFINA

... Llego muerta; creí que no cesaba jamás este tormento espantoso y que no acabaría el arreglo de las cuestiones que me trajeron por acá. ¡Qué horror!; atravesar las líneas de soldados enemigos, conferenciar con este y con el otro y con el de más allá, y mirarle la cara á Porfirio y enterarme si amaneció de buen humor y si le dolió la cabeza y si no tuvo motivos para derogar sus disposiciones... Si no hubiera sido por este bienaventurado de Kirotzki, que de tan buena voluntad me acompañó á ver á todos los liberalescos y á pedirles amparo y protección, nada habría hecho, nada habría arreglado, de nada me habrían servido mis agencias y diligencias... es un muchacho de pasta de ángeles...

EUGENIA

Me alegre, mamacita, que le hayas recordado, porque

de él te quería hablar... Pena me da decírtelo; pero la verdad es que las gentes murmuran sobre la razón de que tú andes en su compañía por caminos y veredas... Tu intención es buena, ya lo sé; pero vé á taparle la boca al vulgo y á hacerle creer en la limpieza de tu afecto por él...

JOSEFINA

Hija, hija mía, ¡qué pena me da verte así! Te hallo convertida en una mojigata de comedia española... ¿Y qué me importan á mí los dictados del vulgo ni lo que digan de mí los necios? ¡Tontos! Que viajo en compañía de un guapo mozo, que en unión de un brillante oficial discurre por todas partes... ¿Y qué? Ni es la primera vez que me reúno con hombres, ni será la última — Dios mediante — que esté en su compañía... Yo tengo mis razones para viajar en compañía de Kirotzki; el que sepa apreciarlas que las tenga en cuenta, el que no lo sepa que me juzgue como le dé la gana; fuerte yo con el testimonio de mi conciencia, desprecio los dictados de la plebe, de la necia é inmunda plebe... Pero antes déjame que te cuente lo que me pasó con Porfirio... Pues, señor, que llego yo al cuartel general y me anuncio como la persona de quien había hablado Luciana Baz; me hacen pasar inmediatamente, antes que todos los coroneles, generales, proveedores y demás avechuchos que aguardaban que el jefe les

concediera el honor de acercársele... Hija, ¡quién había de haberlo dicho del tal Porfirio! tan galán y tan bien criado como el mejor, tan lleno de deferencia respetuosa y de cariñosa bondad como un caballero de la Tabla Redonda... Que sí, que aprecia la alteza de los móviles que me guían, que sabe tener en cuenta los dictados de la amistad, que me servirá en todo lo que yo desee, que permite la salida de los ministros extranjeros y que de Márquez depende todo... Y lo que es garantías, con él sí las habrá; me lo ha dicho Juan José: ya sabes, Juan José Baz, que esperan la caída de México de un momento á otro y que este republicanazo impedirá la entrada de tropas antes de que el orden se cimente y se tomen las providencias necesarias para evitar desórdenes; también tienen requisadas cantidades inmensas de harina y de trigo y de ganado en pie para dar de comer al pueblo hambriento... Juan José debe de saberlo, porque dicen va á ser el jefe político que nombre Porfirio...

EUGENIA

(Impaciente.)

Bien, mamacita, bien; pero todo eso no es respuesta á lo que te proponía; hay que hacer lo que tu deber te manda y eso no consiste en ver generales ni jefes políticos...

JOSEFINA

Soy un águila que le tocó empollar un huevo de gallina; soy una leona que amamantó un cachorro de liebre; soy una mujer criada para hazañas grandes y para altos hechos que se halla con que no la entiende, con que la desconoce, con que la ignora quien estaba más obligada á penetrarse de su misión, de su sublime misión... Bien, sí, viajo con Kirotzki; viajo con él y si no viajo en su compañía ¿con quién viajo? ¿Prefieres ver á tu pobre madre expuesta á los insultos de una soldadesca brutal y desahogada, á que tres viejas ociosas hagan catálogos sobre su persona? ¡Qué poco me quieres, y qué escasas muestras das de buen sentido!... Si no te parece bien que Luis venga conmigo, ven tú, que manera habrá de que á mi lado te des cuenta de la situación...

EUGENIA

(Tristemente.)

No puedo: ¿qué más querría, que ir contigo, que buscar á mi marido, que satisfacerle, que hacerle comprender que no le he faltado ni siquiera de pensamiento, y...?

JOSEFINA

(Triunfante.)

Pues entonces, lo siento mucho; pero como yo necesito un acompañante, un amigo, una persona de confianza, y

como mi hija tiene que cuidar de sus señores suegros, yo me marcho con quien puedo... ¡Vaya unos escrúpulos monjiles! Vas en compañía de don Germán y de doña Lorenza á las sierras de Michoacán, á las soledades de Sinaloa, y rehusas ir con tu madre á Querétaro, que, como quien dice, queda aquí á la otra puerta... Allá tengo yo altas misiones que satisfacer; aquí concluí ya mi obra y no puedo retardarme más tiempo... Allá dejé un viejo amigo, un amigo á quien perdonó mi corazón, que está atendido á mí sola para dar las boqueadas con tranquilidad, y debo acudir á su lado... Y á propósito, ese amigo te conoce y te estima y habla de ti continuamente y asegura que tú le diste muestras de cristiandad que no logrará olvidar... ¿Te acuerdas de él? Es Lapierre, Aquiles Lapierre, mi *cavalier servente* de los primeros días del Imperio...

EUGENIA

(Asustada.)

¿Qué has dicho? ¿Aquiles Lapierre? ¿En Querétaro? ¿Está en Querétaro el desgraciado Lapierre? Yo voy allá, necesito que satisfaga á mi marido, que le diga todo, que... Pero no, es inútil; para que le satisfaga sería menester revelarle cosas que por mi boca no ha de saber y prefiero dejarle en sus infames dudas...

JOSEFINA

¿Qué lío es ese, chiquilla de mi alma? ¿Qué dudas son

esas? ¡Ah, ya recuerdo ahora! Él también me habló de ti y de tu marido, y de que estaban de monos los dos... ¿Y por qué es todo ese enredo?...

EUGENIA

Lapierre me dijo cuanto sucedió... cuanto sucedió entre ustedes... todo... y yo... pues como Miguel no quisiera satisfacerse y tomara á mala parte las atenciones que por deber de cristiandad prodigaba al desgraciado que estando enfermo merecía... pues me rehusé á darle detalles, y él...

JOSEFINA

¡Ay, Eugenia, ay, hija mía, qué cosas me dices y cómo me causa desánimo tu conducta! Debes de tener muy adentro la sangre suiza del bueno de tu padre, cuando haces cosas tan originales y tan llenas de inocencia... ¿Crees acaso que me causa escozor el juicio de tu cónyuge ó el de cualquier hombre nacido? Mis relaciones con Lapierre eran de negocios, de negocios puramente y no tengo por qué avergonzarme de ellas; pero si tuviera ¿qué te tocaba á ti de la vergüenza ni del mérito que yo adquiriese?... ¿Y por qué, vamos á ver, te rehusaste á darle á tu marido las explicaciones que le debías? Te decía que yo era una águila que había empollado un huevo de gallina; pero ahora, veo que quien empolló el huevo, fué doña Lorenza, tu ilustre madre política...

EUGENIA

Yo voy contigo á Querétaro; yo voy á ver á ese hombre, yo necesito...

JOSEFINA

... que con sus estúpidas ñoñerías te ha dado ideas del mundo y de la vida, que nunca habrías tenido á mi lado... Pero, ven, ven conmigo, que tiempo sobraré de que hables con el pobre gafo y de que te reconcilies con tu marido y de...

EUGENIA

Pero, ¿cómo voy á decirle todo, si subsiste el motivo para callarlo?

JOSEFINA

¿El motivo? No lo entiendo...

EUGENIA

Mi propósito de no comprometerte de ninguna manera ante quien deseo que te mire como debe mirarte...

JOSEFINA

¡Pero, chiquilla, tú eres tonta! ¿que me vas á comprometer á mí, cuando tu marido ha de saber mi vida y mi

lagros tan bien como las sabe toda persona bien nacida? ¿Qué cosas tienes, Génie de mi alma! Vé, vé á reconciliarte con tu jaguar y tráele al redil y conviértele en cordero, que en eso nadie resulta perjudicado; aunque si te he de decir la verdad, ganas me sobrarían, de no ser tú quien estuviera de por medio, de calentarle un poco las orejas y de propinarle un disgusto como se lo merece; bien me dió tabarra en los días del sitio y en los que siguieron á la caída de la plaza, poniéndome carne de gallina y extendiendo el infame remoquete de don Gil de las Calzas Verdes...

(Eugenia ya no oye más; se mete al interior de la habitación y se oye desde la escena que grita alborozada: «Mamá, mamacita de mi alma; me marchó á Querétaro á ver á Miguel; ya está todo arreglado, ya está todo listo; ¡loado sea Dios!»...)

ESCENA SÉPTIMA

MAXIMILIANO, TUDOS, FOREST, HOORICKS, LAGO, MAGNUS.

Celda del emperador Maximiliano en el convento de las Capuchinas; Maximiliano, enfermo de la terrible disentería que padeció constantemente, se halla en cama, vestido apenas con una especie de americana sin cuello y llevando pantalones claros de paño. Se levanta de la cama de tiempo en tiempo para sentarse en un sillón en la puerta de la celda y aspirar el aire del corredor, que, viciado y todo, le proporciona al prisionero algo de alivio que ha menester. Dormita en una semisomnolencia pesada y triste cuando entra su fiel criado Tudos y lo despierta sin extremos á fin de que no se sorprenda.